

SOLIDARIDAD Y SENTIDO COMUN.

Las paradojas y los contrasentidos de nuestra sociedad se van agudizando conforme vamos consumiendo los últimos años del siglo XX. Con un planeta ampliamente colonizado e hipercomunicado por cientos de miles de redes de transmisión de información, la frialdad tecnológica está desplazando al calor del sentimiento, facilitándonos medios cada vez más sofisticados para poder relacionarnos sin necesidad de “tocarnos”.

Sabemos ya que somos capaces de enviar saludos de bienvenida a seres de otros mundos y, sin embargo, muchas veces somos incapaces de felicitar las navidades a nuestros vecinos. Eso sí, podemos hacerles llegar una postal por correo, un mensaje por fax o un fichero por red digitalizada. Y si el pobre vecino lleva muerto un año ¡qué mas da!, ¿acaso a él le importaba lo que me pasaba a mí? Hete aquí un círculo vicioso que nos aísla y deshumaniza.

Isaac Asimov, probablemente el mejor arquitecto de posibles futuros que ha dado nuestro siglo, nos describió uno de sus mundos espaciales imaginarios, el solariano, integrado por personas que viven totalmente aisladas las unas de las otras. En Solaria la gente suele relacionarse utilizando la imagen tridimensional, sin necesidad de moverse de sus propiedades. La visualización directa es casi un sacrilegio y sólo se emplea cuando concurren circunstancias extraordinarias.

Naturalmente, esto es sólo ciencia ficción, pero no olvidemos que muchos aspectos, objetos y logros de nuestro presente hipertecnológico e hiperglobalizado, que hoy asumimos como plenamente normales, hubieran sido considerados por nuestros abuelos como fruto de una imaginación propia de la ciencia ficción de haberseles explicado en su época, antes de que se produjeran tales avances. Tal es el caso también en el ámbito de las relaciones sociales, en donde, sin necesidad de retroceder muchos años en el tiempo, el radio de los círculos de socialización era más amplio, por

razones de separación geográfica entre sus miembros, empujados muchas veces a un alejamiento de sus raíces por razones económicas, pero no por ello menos sólido. Los lazos entre familiares y amigos podían estirarse en el tiempo y la distancia como una goma elástica, sin romperse. Actualmente, las posibilidades de relacionarse se han multiplicado y se crean redes sociales virtuales más o menos activas al calor de campañas y acontecimientos puntuales, pero los lazos que las entrelazan suelen ser superficiales y está por ver si podrán soportar demasiados estiramientos. Ojalá sea así pero mientras tanto, en el terreno no virtual, en el de la distancia corta, los círculos que pueden considerarse como tales son escasos y poco poblados. Apenas unos pocos familiares y unos pocos amigos conforman nuestro universo y si las circunstancias te colocan fuera de un círculo, la soledad suele ser la única compañera. Tal vez sea una visión demasiado pesimista de nuestra sociedad, pero las estadísticas se encargan de demostrar que este fenómeno es más frecuente de lo que parece.

Somos y nos comportamos conforme a una pequeña pero potente horquilla de valores que aprehendemos desde nuestra más tierna infancia, por ser parte esencial de nuestro sistema educativo, y que respiramos con toda naturalidad a lo largo de nuestro proceso de aprendizaje y maduración en sociedad. Competir para prosperar, al más puro estilo darwinista, consumir y acumular para ser más 'felices', son actitudes que se nos transmiten directa o subliminalmente a través de múltiples canales y constituyen los pilares que dan sentido y orientan la vida del 'homo economicus'. La falacia del progreso-por-encima-de-todo nos hace competitivos e, inconscientemente, nos enfrenta. Nos miramos al espejo y anhelamos ver el reflejo de los ganadores, de los inteligentes-hombres-que-se-hacen-a-sí-mismos, que nos venden como valores de futuro con tanto interés como eficacia.

Y haciéndonos a nosotros mismos no tenemos tiempo para hacernos con los demás. Nos aislamos para protegernos y desarrollamos una coraza de indiferencia que nos permite sobrevivir ante tanta contradicción. Con sorprendente facilidad tendemos a creer verdadero

todo aquello que nos reporta utilidad y es así como nos volvemos individualistas, que no individuos.

El padre de la economía capitalista, Adam Smith, afirmaba que lo mejor que podía pasarnos es que cada uno se dedicara exclusivamente a ir en busca de sus propios intereses, y que no nos preocupáramos por el bien común, porque su logro estaría garantizado por una mano invisible que guiaría los intereses individuales. En otras palabras, si cada uno persigue su propio bienestar, indirectamente está ayudando a conseguir el bienestar de los demás.

Hace un par de siglos que Mr. Smith tuvo a bien dejarnos, y quién le iba a decir a aquel señor que lo que en el ámbito económico no llegó nunca a ser aplicado en su total pureza, porque los mercados de competencia son cualquier cosa menos perfectos, parece ser, sin embargo, el camino por el que nos movemos en lo social. A las modernas manos invisibles que tiran de los hilos de nuestros comportamientos, que programan modas y crean necesidades, lo individualista les va muy bien por lo que tiene de insolidario.

“Dadme un millón de almas sin conciencia común, que yo les venderé mis valores”, diría un buen publicista. La cultura de masas es el auténtico gran fenómeno que se ha impuesto en las postrimerías de este siglo. Y es así como las discretas manos invisibles son tan capaces de guiarnos por los lucrativos senderos del consumismo hueco como de tocar las belicosas cuerdas de nuestro subconsciente para llevarnos por los también lucrativos senderos de la guerra.

Y es así como dejamos latas de Coca-Cola en nuestros bosques y últimas ediciones de Scarlett en los contenedores de nuestras ciudades, mientras corremos a devorar la última película de fulanito de tal, ¡que dicen que está muy bien!, y soñamos con comprarnos esa magnífica primera (e incluso segunda) residencia que pondrá las cosas en su sitio ante nuestros amigos, y nos falta tiempo para adquirir el último cosmético o producto adelgazante que, aunque caro, parece que obra milagros en nuestras carnes, y una vez al año marcamos, henchidos de espíritu navideño, el dichoso numerito que

nos muestran cien veces, por no importa qué canal de televisión, para adquirir los calzoncillos usados por el altruista-oportunista famoso del momento, y que serán subastados para contribuir a una causa justa, la de acallar al gusanillo de nuestra conciencia social.

Y es así como actuamos con contundencia contra el satanás irakí que se atrevió a amenazar el negro maná de nuestra civilización (¡cómo vamos a dejar paralizados nuestros fantásticos cochazos!), mientras permanecemos inmóviles ante balcánicas rencillas que ni deben irnos ni deben venirnos, dice nuestra Sociedad de Naciones, porque no conviene meter las narices en asuntos internos.

Y es así como cada vez sabemos más y conocemos menos, incapaces de asimilar la ingente cantidad de información con que intentan reconducir nuestra innata predisposición a aprender. Sobre pasados por la velocidad de las innovaciones, nos limitamos a consumirlas. “Una cosa terrible -profetizaba Machado- tiene el aumento de la cultura por especialización de la ciencia: que nadie sabe ya lo que se sabe aunque sepamos todos que de todo hay quien sepa”. Y con qué apetito coleccionamos fascículos, compramos enciclopedias y nos abonamos a bases de datos compartidas. Démosles datos, piensa la mano invisible, cuantos más mejor y, sobre todo, pongámoslos al día continuamente, no sea que tengan tiempo para pensar en ellos. Hemos de crear opinión pública, pero ¡Dios nos libre de una opinión formada!

Y nos convencemos de que esto debe ser así porque es lo justo y porque lo contrario es elitismo y discriminación, o al menos eso es lo que dicen que piensa la mayoría.

Decía Machado que “la verdad del hombre empieza donde acaba su propia tontería. Pero la tontería del hombre es inagotable”. Quizás no hay que ser tan derrotista, pero lo cierto es que, hoy por hoy, en esas tonterías andamos, paseando por el bosque sin ver los árboles, mientras el azar coloca a unos en la senda de los afortunados, con trabajo y cuenta corriente, y a otros en la senda de los marginados. Y mientras los primeros no ven los árboles porque no quieren, los

segundos no pueden verlos porque las ramas les dan en la cara. En la indiferencia con que los primeros contemplan la situación de los segundos no hay, a pesar de todo, rasgos de crueldad. Es, simplemente, el funcionamiento de la lógica del sistema, que disfraza de ignorancia lo que en realidad es una manifiesta voluntad de no saber. Y, no obstante, creo firmemente que por el conocimiento se puede llegar a la solidaridad, porque para conocer es necesario reflexionar y, a poco que se reflexiona, las paradojas se ponen de manifiesto y golpean nuestras conciencias con la misma fuerza que aquellas ramas lo hacen sobre los desheredados.

En nuestros días, sólo catástrofes colectivas son capaces de generar reacciones de colectiva solidaridad. No obstante, cuando reducimos la escala del seísmo, únicamente el callado trabajo de unos pocos organismos permanece activo, rodeado de aséptica indiferencia. Es este elegante ejercicio de hipocresía consensuada un comportamiento al que nos hemos acostumbrado y del que, sin embargo, debemos ser capaces de despojarnos, para no incurrir en la machadiana “ironía del homenaje al soldado desconocido, a ese pobre héroe anónimo por definición, muerto en el campo de batalla, y que si por milagro levantara la cabeza para decirnos: ‘Yo me llamaba Pérez’, tendríamos que enterrarle otra vez, gritándole: ‘Torna a la huesa, ¡oh Pérez infeliz!, porque nada de esto va contigo’”.

Francisco J. Lozano

En Martorell, a 31 de enero de 1995.